

Y ALICIA ATRAVESÓ EL ESPEJO AND ALICE WENT THROUGH THE MIRROR

Miquel Izuel¹⁰

Alicia construyó un hilo para sostenerse en las rupturas del sentimiento de **ser** que experimentaba cíclicamente. Esta es la narración clínica de un encuentro mediado por el Arteterapia que anudo temporalmente dicho sostén.

Arteterapia, sostén, *ser*, trastorno afectivo bipolar (TAB)

Alicia has built a thread to sustain herself through the ruptures of the sense of **being** she had been cyclically experiencing. This is the clinic narrative of an encounter mediated by Art Therapy, which temporarily held that sustenance.

Art Therapy, sustenance, being, Bipolar Affective Disorder (BAD)

"Alicia empezaba a estar harta de seguir tanto tiempo sentada en la orilla, junto a su hermana, sin hacer nada: una o dos veces se había asomado al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía ilustraciones ni diálogos..."

...ardiendo en curiosidad, corrió campo a traviesa detrás de él... allí se metió Alicia tras él, sin pensar en un solo momento como se las ingeniaría para volver a salir."

Lewis Carroll "Alicia en el país de las maravillas"

Alicia duerme hace ya tiempo. Soñó, pero sus propios sueños yacen olvidados. De niña gozaba con ellos. Era tal su palpito, su frescura, que ni tan solo esperaba que se cumplieran. Se despertaba excitada, poseída por una íntima emoción a la que algunas veces, cuando no cabía en sí de gozo, cedía para compartirla con su hermana. Sin embargo esa vida plena, ese estado que parecía fecundar su existencia tal vez era también el vocero de su mal. Cuando llegó a la consulta sus sueños no se habían perdido, aunque un vacío espeso, que la sumía en un duermevela siempre alerta, constante, los arropaba.

¹⁰ Director del Máster en Arteterapia de la UdG
miquelizuelcurria@gmail.com
www.grefart.org

Mirada interna, realidad externa

El sudario actual de sus sueños tiene luces brillantes, rituales precisos. Aproximaciones radicales al otro y abandonos que marcan una existencia cíclica. Con mano de hierro se suceden los tiempos, exaltación y monotonía. Realiza pedidos de amor bajo entrega de un cuerpo aún hermoso al que el alma de sus palabras parece haber abandonado.

Dice que viene porque quiere dejar la medicación. Ahora ya no la necesita. Estamos en Junio y en el horizonte aparece la festividad de San Juan. En este momento se adentra decidida en las noches cortas e intensas, perfumadas de deseo, que el verano le anticipa.

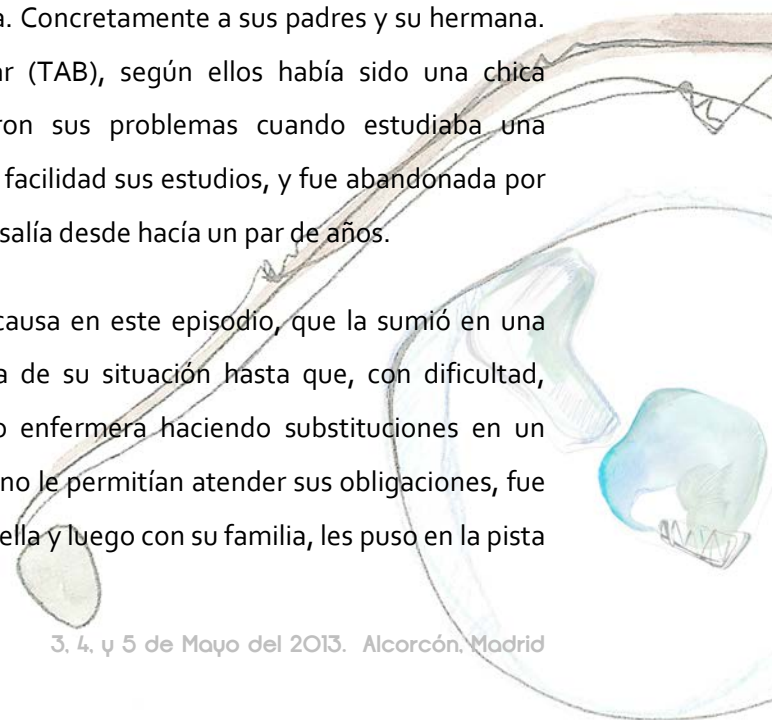
Cuando le abro por primera vez la puerta de la consulta y la recibo, su brazo izquierdo aprieta el bolso contra el cuerpo, aprisionándolo, mientras me tiende la mano derecha, floja y leve, que contrasta con la aparente fuerza que parece experimentar en su otro brazo.

La invito a sentarse y a conversar. Allí se quedará, durante esta primera sesión, con la espalda recta, el bolso apretado en su regazo, unas sandalias de las que ascienden finas correas hasta casi las rodillas y un vestido azul eléctrico sin ornamentos. Alicia tiene treinta y cuatro años y un pelo renegrido y lacio, lleno de vida. Es hermosa aunque da la impresión de una muñeca de cera, de mirada apagada, que habla y acaricia el pañuelo que escapa de su bolso.

Viene porque quiere dejar la medicación dice. Porque sus padres se lo han pedido. Porque su psiquiatra no confía en ella y la quiere internar...Que debo hacer, pregunta... Habla de la relación con su psiquiatra que dura hace ya más de catorce años. Una relación sostenida en la hartura y en la necesidad.

En una entrevista anterior había visto a la familia. Concretamente a sus padres y su hermana. Diagnosticada de un trastorno afectivo bipolar (TAB), según ellos había sido una chica "normal" hasta los dieciocho años. Empezaron sus problemas cuando estudiaba una diplomatura en enfermería. No podía seguir con facilidad sus estudios, y fue abandonada por una pareja que tenía en ese momento con la que salía desde hacía un par de años.

Creuyendo que sus dificultades encontraban su causa en este episodio, que la sumió en una honda depresión, no tomaron plena conciencia de su situación hasta que, con dificultad, acabó sus estudios y empezó a trabajar como enfermera haciendo substitutiones en un hospital. Después de reiteradas dificultades que no le permitían atender sus obligaciones, fue al final la jefa de enfermería la que hablando con ella y luego con su familia, les puso en la pista



II Congreso Nacional de Arteterapia FEADA

que seguirían más tarde, cuando visitada por el psiquiatra que ha permanecido con ella durante catorce años, le fue concedido un diagnóstico que le abrió las puertas a integrarse en un sueño soñado por otros.

Cuando la vi por primera vez, Alicia aún ostentaba otro nombre. El suyo solo guardaba cierta reminiscencia fonética con el que ahora la presento. No parecía tener demasiado interés por nada. Excepto para volver a trabajar. A ratos aparecía la cuestión de dejar la medicación, de volver a vivir sola –ya que lo hacía con sus padres- y sobrevolándolo todo, la cuestión de no ser internada. En esos momentos estaba pendiente de poder volver a hacer una sustitución que podrían ofrecerle.

La demanda de los padres –ya mayores, jubilados pero enérgicos- era que pudiera estabilizarse y ser mínimamente autónoma. Que se tomara la medicación. Que no saliera por la noche, pues a veces se levantaba de la cama y –según su madre- se escapaba de casa y volvía a altas horas de la madrugada, cosa que les hacía sufrir mucho. La de la hermana, que suscribía lo anterior, y atendía una pregunta propia, la de saber hasta qué punto ella la podía ayudar. La del psiquiatra –con el que hablé por teléfono y que constataba los preludios de una fase maníaca-, su demanda era que no dejara la medicación y, si llegaba el caso, internarla para poderla estabilizar.

Mi demanda no iba dirigida a mi paciente, sino a mí mismo ¿Sería capaz de disponer un interés genuino hacia Alicia para que esta pudiera sentirse presente, convocada de sí misma desde otro lugar distinto al que normalmente habitaba?

En mi despacho hay dos ambientes. Uno donde atiendo a las familias y a los pacientes en psicoanálisis y otro en que se desarrollan las sesiones de Arteterapia. Este último es un poco abigarrado. Normalmente está lleno de papeles escritos en un cierto desorden que guardo cuando vienen los pacientes. De algunas producciones mías, pocas. Folletos y fotos de exposiciones. Reproductor de CD, libros, mesas, sillas. Papeles para trabajar, hojas de dibujo, colores, celos, tijeras, colas grapas, revistas...

Antes de cada sesión pongo cierto orden al espacio. Lo despejo suficientemente para que el paciente sienta que puede encontrar un lugar propio. Pero también halla un espacio investido. No hay sin embargo a la vista producciones de otros pacientes e, invariablemente, cuando termina la sesión y el paciente se ha marchado, intento restituir el orden poroso que existía

Mirada interna, realidad externa

antes de la sesión. Cuasi como si de una composición artística se tratara, para que la huella del paciente permanezca presente. Volver a construir mi ordenado desorden me muestra, de una manera muy nítida y particular, el registro de lo que ha acontecido en la sesión.

Le muestro el espacio y la invito a tocar, a mirar, a tomar los materiales disponibles. Le pido sin más que escuche si le despiertan algunas sensaciones que quiera plasmar en ellos, a través de ellos.

Alicia no parecía experimentar una especial incomodidad pero tampoco un mayor interés. Habla, toca distraídamente, mira pero parece no ver. Habla, habla de las cosas que la ocupan. El trabajo, el psiquiatra, la relación con la madre, alguna salida que hace con una amiga que la intenta rescatar de su ostracismo. Lo hace con cierta nerviosidad sosegada que parece distante del mundo cotidianamente opresivo en el que tal vez vive... No se podía decir que pasara nada relevante en la sesión, lo cual no era poco. La veía dos veces por semana y estábamos a mediados de Junio. Yo en Agosto tomaba vacaciones por un lapso prolongado de tiempo... Me preguntaba si podríamos atar un cabo a esta orilla antes de que la corriente del tiempo transcurrido sin vernos se llevara lo que empezaba a construirse.

Era la cuarta sesión donde aconteció un hecho singular. Voy a reproducir lo que ocurrió a partir de las notas que tomé tras la sesión. Una escritura difícil pues intenta reproducir sus actos. También los míos, sin poder ni querer dissociar de ellos mi propio estado de ánimo.

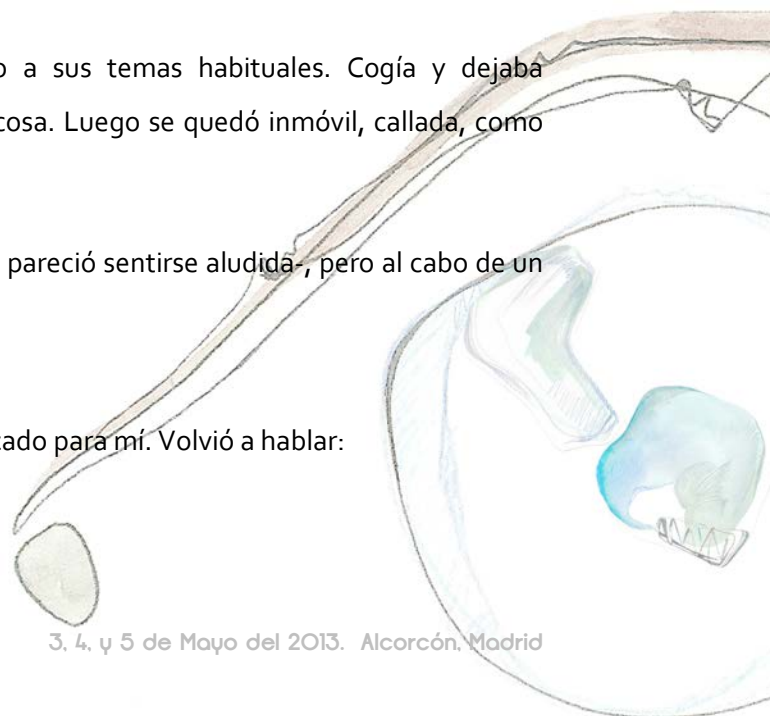
Transcurría la sesión con el consabido repaso a sus temas habituales. Cogía y dejaba materiales sin aparente voluntad de hacer otra cosa. Luego se quedó inmóvil, callada, como tomada en una ensoñación. Le dije quedamente,

- Alicia... -yo no me di cuenta del lapsus y ella no pareció sentirse aludida-, pero al cabo de un pequeño tiempo su voz dijo

- Era mi libro...

Yo escuchaba sus palabras pero no tenían significado para mí. Volvió a hablar:

- Mi libro de pequeña.



II Congreso Nacional de Arteterapia FEAPA

- ¿qué libro?

-Tú lo has dicho, Alicia.

Entonces caí en la cuenta de mi lapsus. En aquel tiempo yo estaba relejendo, para un ensayo que escribía, "Alicia en el país de las maravillas". Me causo onda sorpresa la irrupción de otra escritura, de otro texto en el texto que estábamos *escribiendo* con mi paciente, pero no me pregunte por el sentido en ese momento (2). Deje que el lapsus ocupara su lugar y pregunte:

- ¿Qué paso con Alicia?

- Se perdió...

- O me lo escondió mi hermana porque estaba con él todo el tiempo...

- O lo tiró mi madre.

Silencio. Como ausente, tal vez buscando, tal vez escuchando algo en su interior. Transcurre un tiempo prolongado. Sigue ensimismada. Me levanto y voy a buscar mi libro. Se lo muestro y lo deposito en la mesa frente a ella. Lo mira y dice

- este no es.

- seguramente no lo es, pero en él puedes encontrar *tus* palabras.

Esta vez me mira, parece acariciar el libro con la mirada. No lo abre. Pasa el tiempo, se levanta y dice: "volveré el jueves"

Me resulta un tanto enigmática esta última frase. No sé si quiere decir que volverá o que no lo hará, pero me abstengo de hacer otro comentario que el siguiente, tal vez aparentemente banal de (3)

- Aquí nos encontraras.

Una vez solo, respiro hondo, salgo a la terracita de mi despacho, tomo una pequeña distancia para poder escuchar mejor. Para poder escribir ya que voy a tomar mis notas. Surgen las preguntas ¿Qué recuerdos se habían librado en Alicia? ¿Había podido aparecer su capacidad de soñar, en otro registro diferente a sus temáticas apelmazadas y recurrentes que se le imponían sin mayor recorrido? Cada persona conserva su Autor. ¿Estaba entonces en disponibilidad de volver a imaginar, a soñar, o solo era mi sueño? ¿Podría su Autor ocupar plaza en sus ensoñaciones diurnas o estas seguirían inamovibles? ¿Podría reabrir su deseo perentorio de encuentro con el otro –un encuentro que parecía auto erótico donde era dudoso

Mirada interna, realidad externa

que el otro existiera verdaderamente- y encontrar un interlocutor en si misma? ¿Qué narraban de mí esas preguntas que me formulaba? ¿Eran parte de esa función necesaria de pensar el paciente que necesitamos para que el otro se sienta sostenido en su experiencia?

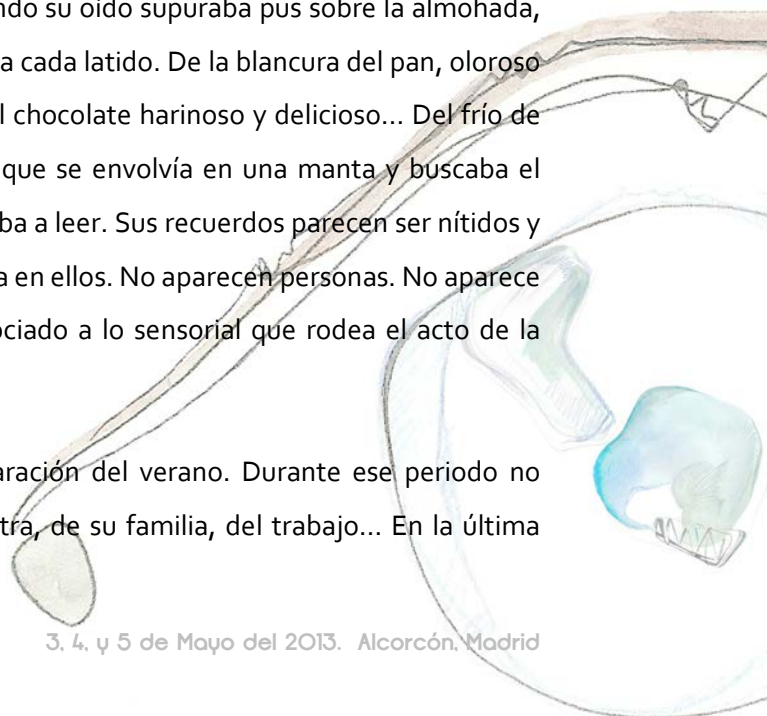
Efectivamente vuelve, estrecha blandamente mi mano pero su voz, ahora firme dice, ¿dónde está? Le muestro el sitio donde lo dejó con su mirada. Lo coge, se sienta en la silla y lee. Primero como si no lo acabara de reconocer. Luego se ensimisma. Cuando al cabo de unos veinte minutos alza la mirada del libro, lo hace como si se estuviera hablando a sí misma. O tal vez leyéndose.

Le digo que siento el rumor de su voz interna como un torrente, pero que todavía no la entiendo. Entonces me habla de su infancia... Lo hará durante varias sesiones. Entra -curiosamente no me vuelve a dar la mano durante las siguientes sesiones-, coge el libro con un pequeño saludo y deambula hasta encontrar el lugar en el que le apetece leer. A veces se sienta en el suelo de la pequeña tribuna que hay en mi despacho. Otras veces en el diván. Otras en la silla frente a la mesa de los materiales... Se ensimisma. Lee en silencio. A veces en voz baja como si quisiera escuchar otra voz un poco distinta a la de sus pensamientos.

Y habla de su infancia, de una forma que me llamará la atención. Habla de recuerdos, pero de recuerdos asociados a cuando leía el libro. Una y otra vez. Del periodo posterior a la Navidad en la que enfermó con una grave otitis y leía en su cama. De los domingos por las mañanas en las que se levantaba temprano para poder leer. De las tardes de verano en la casa del campo comiendo pan, fruta, chocolate.

Puede hablar del dolor insufrible de la otitis, cuando su oído supuraba pus sobre la almohada, con el corazón golpeándole dolorosamente en él a cada latido. De la blancura del pan, oloroso y crujiente, de la dulzura de los melocotones, del chocolate harinoso y delicioso... Del frío de los domingos por la mañana de invierno en los que se envolvía en una manta y buscaba el ventanal del cuarto de juegos donde se acomodaba a leer. Sus recuerdos parecen ser nítidos y precisos, sin embargo parece haber algo que falta en ellos. No aparecen personas. No aparece su familia. Solo ella y algo que parece estar asociado a lo sensorial que rodea el acto de la lectura.

Así transcurre el mes y medio antes de la separación del verano. Durante ese periodo no vuelve a hablarme de la medicación, del psiquiatra, de su familia, del trabajo... En la última



II Congreso Nacional de Arteterapia FEADA

sesión me dice que se irá a la casa de campo de sus padres, que no se quedará en Barcelona durante el mes de Agosto. Coge el libro –que ella encuentra siempre en el mismo lugar en el que lo deja, lugar que no es otro que aquél en que yo lo deposité el primer día, y se dedica a hojearlo un poco frenéticamente. Cuando cree haber encontrado algo dobla la esquina de la hoja. Va hacia delante y detrás, buscando, leyendo, doblándolas hasta que su excitación decrece y poco a poco se extingue. Entonces me mira interrogativamente. Dejo espacio para su mirada y al fin le deseo un buen verano. Le recuerdo que tiene mi número de teléfono al que puede llamar cuando lo requiera y le digo –con una sonrisa cómplice- que espero poder volverla a leer en septiembre. Ella me sonrío a su vez. No me va a dar la mano al salir pero va a alargar hacia mí el libro que yo a mi vez tomaré entre mis manos.

Posteriormente veo a su madre y a su hermana. El padre no viene porque ya está instalado en la casa de campo. Me cuentan cosas de Alicia. Me dicen que intentó trabajar pero que no pudo estar más de tres días pues se angustiaba de pensar que no podría hacer bien su trabajo. Era una sustitución en planta en una Clínica privada. Seguía nerviosa pero no se discutía constantemente con la madre. Seguía queriendo dejar la medicación pero se la tomaba, aunque con reticencia. Un poco igual que siempre entonces, pero con menos intensidad. Solo dos cosas habían cambiado. Ya no se escapaba por la noche y había decidido, en contra de lo que decía al principio de las sesiones, ir a pasar el Agosto con sus padres, no quedarse sola en Barcelona y reencontrar algunos amigos de su infancia y juventud que tal vez estarían por la zona.

La verdad es que cuando vienen los pacientes a mi consulta nunca se de antemano que propondré. Yo nunca trabajo con una “caja de herramientas”. En todo caso diría que cuento con “materiales” que me permitan mi parte de crear la herramienta, ya que esta es siempre singular. También en tanto en cuanto es creada con el paciente, por el paciente. Como me permito decirlo, las propuestas forman parte de las creaciones compartidas y asimétricas que son necesarias para crear la experiencia del existir en la sesión.

Mi propuesta, mis materiales son la disponibilidad para el encuentro con el otro. La escucha de la persona en un relato que no transcurre, ni únicamente ni en forma significativa, por el relato “oficial” de la familia y de los profesionales que atienden a mis pacientes. Como decía,

Mirada interna, realidad externa

no es que estos no tengan importancia. Es un hecho incuestionable que la tienen, para ellos y para Alicia.

Sin embargo, de entrada, mi trabajo consiste en que tenga poca importancia. Los escucho como intento estar a la escucha de toda persona, con respeto y una atención fidedigna. Sin embargo me interesa sobremanera descontextualizar en la sesión esas construcciones que arropan a su vez la construcción más imaginaria de mi paciente. Cuando digo imaginaria me refiero a eso, a como la imaginan en función de sus saberes, de su amor, de su preocupación, de sus deseos...

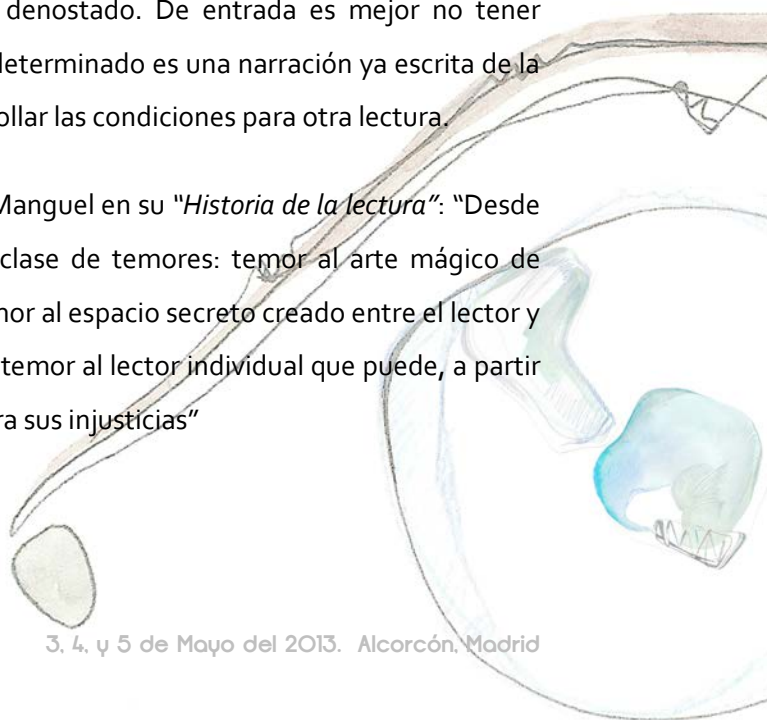
No digo por ejemplo que no sea necesario el diagnóstico, que no se tenga que trabajar en equipo, en este caso, y seguramente siempre. Solo intento darme una respuesta al lugar específico del arteterapeuta, al marco arteterapéutico y en definitiva a una concepción del Arteterapia que me permita una práctica donde pueda reconocer los límites y alcances de la misma.

Por ello prefiero descontextualizar. Ello quiere decir intentar disponer las condiciones para crear un texto con entidad propia en la sesión y en el proceso arteterapéutico. Un texto propio, no mío. El texto que se construye en la sesión.

(Les digo a mis alumnos una cosa cuando están a punto de terminar el Máster, a lo que ellos contestan más o menos invariablemente con la reclamación de que les devuelva el dinero del mismo. No, por supuesto... es una broma, pero...)

Les digo que si el Arteterapia sirve para algo es porque, de entrada, *no sirve para nada*. Me explicaré ya que no está en mi intención ser denostado. De entrada es mejor no tener objetivos predeterminados, ya que lo que viene determinado es una narración ya escrita de la que poco se puede esperar, si no se logran desarrollar las condiciones para otra lectura.

Decía un escritor al que aprecio mucho, Alberto Manguel en su "*Historia de la lectura*": "Desde siempre, el poder del lector ha suscitado toda clase de temores: temor al arte mágico de resucitar en la página un mensaje del pasado; temor al espacio secreto creado entre el lector y su libro, y de los pensamientos allí engendrados; temor al lector individual que puede, a partir de un texto, redefinir el universo y rebelarse contra sus injusticias"



II Congreso Nacional de Arteterapia FEADA

Las condiciones de esa otra lectura toman en la sesión distintas referencias.

Una es *pensar al paciente*. No es un término mío, sino de Winnicott. Pensar al paciente no es construirlo ni interpretarlo. Es sostener la propia disponibilidad para la experiencia que el otro está dispuesto a realizar. Sin necesidad de saber de qué se trata. Ayer en una mesa se hablaba de atajos. Para mí el atajo no es rodear el síntoma, sino acogerlo sin servirlo. Un atajo es un lapsus, como en el nombre de Alicia aunque no se sabe que experiencia va a facilitar. Tal vez un atajo es el recuerdo del color del pan, del olor y del sabor de los melocotones.

Tal vez un atajo es que en ese momento de reviviscencia de su recuerdo no aparezca nadie más. Un atajo es el que nos lleva a la escritura posible y por lo tanto certera como el rayo que ilumina la noche y que nos encamina al siguiente paso que vamos a dar. Un atajo es aquel que nos aparta, si es posible, de *imágenes unificadas de sí mismo* y de consistencias excesivas del discurso. *Pensar al paciente* no es quedarse paralizado por el propio lapsus. Ni en la culpa ni en el embeleso por el mismo. Es aceptar la *escritura* del propio Autor y seguir en el sostenimiento a la experiencia del otro.

Pensar al paciente es sorprenderse escuchando su voz. No una voz genérica. Esa voz suya que hace marca en nosotros y que nos sorprende como un extraño regalo. A la que por unos breves instantes no podemos superponer la nuestra.

La experiencia de la sesión arteterapéutica es material para la vida porque el paciente construye una paradoja vivificante. Consigue el encuentro con algo íntimo en la medida que esa intimidad encuentra la comunicación al otro. Comunicación en el sostenimiento que el arteterapeuta hace de la experiencia. Es algo que ocurre en acto y en buena parte luego se desvanece. No es una obra. Es una voz antes de apagarse que curiosamente sigue resonando. Es una integración emocional cuyo vehículo es un olor, una mirada...

Los lenguajes artísticos, los materiales, son mediaciones que nos permiten construir la narración, la representación que nos mira, que nos interroga acerca de lo que nosotros no podemos percibir directamente sin esta construcción necesaria. No es algo entonces que se desvela, más bien que se revela como una creación. Mediatizan e interrogan al propio Autor.

Me he resistido todo lo que he podido a hablar descarnadamente de teoría. Pero no puedo resistirme indefinidamente a ello. Forma también parte de mi experiencia como arteterapeuta y siento la necesidad de comunicarlo. He oído hablar en este Congreso –y en tantos otros- de

Mirada interna, realidad externa

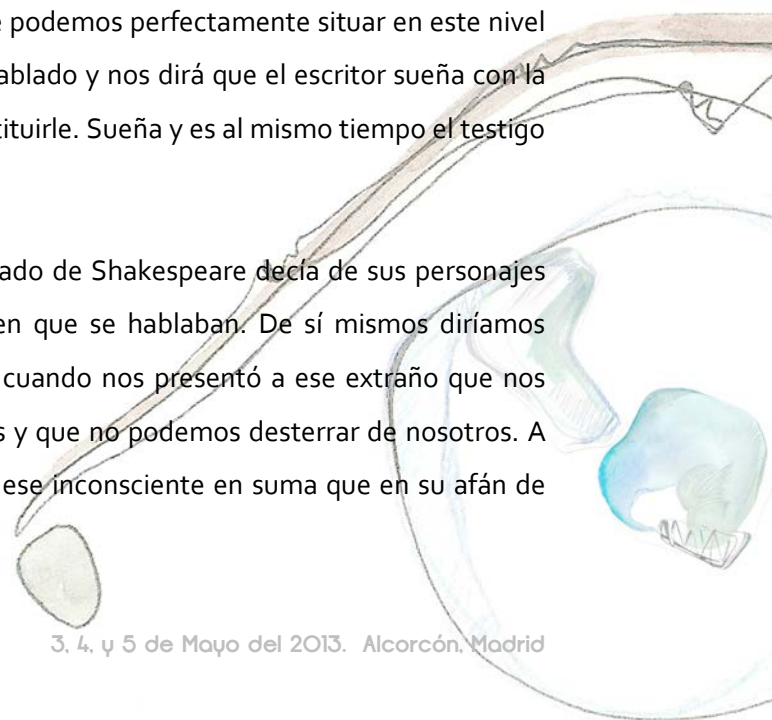
la teoría de H. Fiorini sobre el sujeto creador y el mecanismo en el que se apoya, la desidentificación. Primero he de aclarar que este es un término que desarrolla con anterioridad Octave Manonni. Pero lo que me interesa no es como opera la desidentificación, sino la identificación.

Un pequeño operador teórico me ayuda a pensar sobre como aparece ese Autor que puede otorgar otra escritura a una narrativa explicada, capturada bajo la forma de la enfermedad, el síntoma o la repetición. Hay en Freud una sólida formulación sobre el desarrollo genético del Yo que da comprensión a su estructura plástica. O sobre las formas de identificación imaginaria y simbólica. No voy a desarrollar esto ya que no es un texto que me pertenezca. Quiero decir con ello que forma parte de la cultura y es fácil de encontrar. Quiero resaltar tan solo que se me figura que el Autor surge en la relación entre el Yo y la producción en una forma de desdoblamiento muy precisa. En una suerte de identificación simbólica, el Yo se desdobra abarcando la persona y la producción. Una parte del Yo de la persona se identifica con el Yo de la producción y el Yo de la producción se identifica con el Yo de la persona. Pienso que es justamente ahí, en ese movimiento donde aparece. Se desdobra y luego se reintegra en el Yo de la persona, si me permitís la licencia, otorgándole otra plasticidad. Lo que puede conceder otra narrativa donde el síntoma y la repetición hayan perdido la capacidad de sostén.

Nos es necesario por ello hablar no solo de arte, sino de lenguajes artísticos, del juego con su gramática y su poética, de los materiales en los que se apoya y de los procesos en los que se produce la emergencia de ese Autor.

A. Green se referirá a que el lenguaje, y creo que podemos perfectamente situar en este nivel a los lenguajes artísticos, se alimenta de lo no hablado y nos dirá que el escritor sueña con la realidad psíquica que las palabras no pueden restituirle. Sueña y es al mismo tiempo el testigo de ese resultado.

Harold Bloom, gran conocedor y crítico apasionado de Shakespeare decía de sus personajes que existían porque se creaban en la medida en que se hablaban. De sí mismos diríamos nosotros. Freud nos hizo un maravilloso regalo cuando nos presentó a ese extraño que nos habita. A ese familiar al que nunca conoceremos y que no podemos desterrar de nosotros. A esa exterioridad que es radicalmente interna. A ese inconsciente en suma que en su afán de



II Congreso Nacional de Arteterapia FEADA

encontrar representación logra, como contra efecto, fijar y deformar nuestras representaciones conscientes.

La vivencia emocional de la experiencia artística, de los procesos de la creación nos permiten acercarnos sensiblemente, en alguna medida a la relación existente entre la forma de la expresión y aquel autor que impele a su formulación.

No sé exactamente que acontecía en Alicia. Leía, pero antes se disponía a un acto de lectura. Creaba su escena. Construía su decorado por mínimo que fuera. Asociaba recuerdos a olores, lugares, sabores, luces, sentidos, dolor. Tal vez como si estuviera en la tentativa crear otro cuerpo, indisociable al cuerpo de la voz capaz de ser narrado en otra clave de deseo.

De lo que me caben pocas dudas porque asistí a ello, quiero decir asistente informado y sostenedor de sus tentativas, era de que con ello estaba realizando una verdadera integración emocional. Leía con la mirada, con la voz, con el cuerpo, el recuerdo. Ella toda en un presente en el que el tiempo había cedido su rigidez y era una fuente ignorante de sí misma. Se leía y era leída en el mismo acto.

Alicia no volvió. Nunca pudimos continuar la lectura y desarrollar una nueva historia. La de una vida diferente que ella tal vez deseaba llevar cuando quería verse libre de la medicación, cuando no quería estar internada, cuando se entregaba al sexo en busca de amor. Es cierto y tal vez sea también verdad, que ello eran restos no integrados de su omnipotencia, de su erotismo infantil... Pero un deseo tan fuerte, tan vivo, siempre merece la oportunidad de encontrar un lugar donde ser leído, escuchado, mirado, sostenido de otro modo. De un modo en el que volver a estar disponible para seguir creando su existencia.

A mediados de Agosto me llamó su hermana para decirme que había muerto. Salió una noche con dos amigas de juventud, iban a una cena en casa de otras amigas cuando tuvieron un accidente de tráfico. Murieron dos de ellas. Una era Alicia. Tuve una larga conversación con la hermana y la madre. Estaban terriblemente desconsoladas pero creí percibir también una cierta paz. La madre me dijo que la veía más tranquila, que la relación con ella ya no la enfurecía tan a menudo...

Mirada interna, realidad externa

Alicia ya no volvió, atravesó su espejo. Con su muerte sentí que el libro ya no me pertenecía y lo regalé, entre otros, a una entidad que trabajaba con niños. Tal vez –pensé luego- no me había podido desprender de él.

Alicia o por lo menos una determinada Alicia sigue existiendo en mí. En aquello que me ha llevado a escribir esta historia clínica.

Pero sobre todo, es un reconocimiento del trabajo, que Alicia y todos mis pacientes, me han regalado para poder sostener mi posición de arteterapeuta.

BIBLIOGRAFÍA

DOLTO, F (1986). *La causa de los niños*. Buenos Aires. Ed. Paidós

IZUEL, M. (2004). *Algunas condiciones para la 'escucha' y la 'observación' en la relación terapéutica*. Entrelíneas, revista especializada en Psicomotricidad. ISSN 1575-041

IZUEL, M. (2005). *De la transferencia al vínculo: oportunidad de la ficción en los procesos terapéuticos*. Cuadernos de Psicomotricidad no 29. p. 15-22. Guipuzkoa. Escuela de Psicomotricidad de la UNED.

IZUEL, M. (2009) "Entre los desfiladeros de lo imaginario y lo simbólico, la búsqueda del autor". Revista Encuentros con la Expresión, nº 2. p. 13-23. Murcia. Mancomunidad del valle del Ricote.

IZUEL, M. (2011) "El dispositivo grupal en la formación personal de arteterapeutas". Revista: Arteterapia. Papeles de Arteterapia y educación artística para la inclusión social, nº 6. p. 33-49. Madrid. Universidad Complutense de Madrid.

IZUEL, M. VALLÉS, J. (2012) "Competencias profesionales e investigación en Arteterapia" Revista: Arteterapia. Papeles de Arteterapia y educación artística para la inclusión social, nº 7. p. 13-23. Madrid. Universidad Complutense de Madrid.

WINNICOTT, D. W. (2012) *La naturaleza humana*. Buenos Aires. Ed. Paidós.

